
Todos los Santos

La Iglesia ha honrado desde sus orígenes a los santos. Inicialmente solo recibieron culto los mártires. Pero con el tiempo la vida ejemplar de muchos otros cristianos, a pesar de no haber llegado al extremo de dar su vida por Cristo, también se consideró digna de imitación. Dado que no era posible que los nombres de todos y cada uno de los que «están delante del trono de Dios dándole culto día y noche en su santuario» (*Ap 7, 15*) formaran parte del Calendario, se instituyó, a finales del primer milenio, una fiesta que englobara a todos los santos.

Así que en este día festejamos a todos aquellos que han vivido con fidelidad y radicalidad el evangelio de Cristo, conocidos y desconocidos, los que están inscritos en el martirologio y los que su santidad no ha tenido reconocimiento oficial, esa «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua» (primera lectura) que contemplan el rostro de Dios.

La celebración eucarística de hoy debe ser solemne y transmitir alegría ya que estamos «gozosos por la gloria de los mejores hijos de la Iglesia» (prefacio).

*** LA INTERCESIÓN DE LOS SANTOS**

Los santos, además de elevar un continuo canto de alabanza a Dios, tal y como nos describe el libro del Apocalipsis en la primera lectura («Gritaban con voz potente: “La victoria es de nuestro Dios...”») y el prefacio («eternamente te alaba la asamblea festiva de todos los santos»), son nuestros mediadores. Ellos interceden ante el Padre por sus hijos que todavía peregrinan hacia la patria definitiva. Es un modo de manifestar nuestra comunión con ellos.

La liturgia de este día lo expresa continuamente en su eucología: «por eso ruego... a los santos y a vosotros hermanos que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor» (acto penitencial), «concedéndonos por esta multitud de intercesores» (oración colecta), «sintamos interceder por nuestra salvación a todos aquellos que ya gozan de la gloria de la inmortalidad» (oración sobre las ofrendas), «en ellos encontramos ... ayuda en nuestra debilidad» (prefacio).

* LLAMADOS A SER SANTOS

Los santos son una garantía de que Cristo nos ha hecho partícipes de su vida resucitada e inmortal. Y que nosotros estamos llamados a formar parte de esa gran familia celestial que está en la presencia del Señor. Así lo afirma el prefacio propio de la misa: caminamos hacia la Jerusalén celeste. San Juan nos lo recuerda en la segunda lectura: «Aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.» Y la oración después de la comunión pide que «realizando nuestra santidad... pasemos de esta mesa de la Iglesia peregrina al banquete del reino de los cielos».

Todos estamos llamados a ser santos, esto es, que la vida de Jesús resplandezca en la nuestra. Sólo Dios es santo y nuestra santidad es un simple reflejo de la suya. En la medida que dejemos a Dios ocupar nuestro corazón, nos transformará en santos.

* EL CAMINO DE LA SANTIDAD

Ser santo no es difícil, es largo y requiere constancia. El evangelio que hoy proclamamos nos muestra el camino para alcanzar la santidad: las bienaventuranzas. No es necesario hacer grandes cosas, no es necesario hacer milagros, no es necesario vivir grandes mortificaciones y renunciaciones. Simplemente hay que hacer realidad el mensaje de Jesús, poner en práctica su evangelio cuyo mejor resumen son las bienaventuranzas: «Dichosos los pobres en el espíritu; dichosos los que lloran; dichosos los sufridos; dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia; dichosos los misericordiosos; dichosos los limpios de corazón; dichosos los que trabajan por la paz; dichosos los perseguidos por causa de la justicia».

Este estilo de vida que Jesús propone no coincide con el que suele ser aplaudido en nuestro mundo. Pero sí es un camino seguro hacia la felicidad porque nos hace ser hombres en plenitud y que el reino de Dios se extienda en la tierra.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI